

LA GRANDEZA DE NUESTRA SALVACIÓN

Adoptados por el Padre, Redimidos por el Hijo, Confirmados por el Espíritu

Reunión por Zoom a Asia del Sur - 3 de julio de 2026
Sesión final acerca de la grandeza de nuestra salvación

Textos principales	Gálatas 4:3-7; Juan 1:12; Romanos 8:14-17
Verdad principal	La grandeza de nuestra salvación se ve en esto: por medio de Jesucristo, Dios nos redimió, nos adoptó como Sus hijos, y nos dio Su Espíritu para que podamos conocerlo como Padre.
Frase clave	Venimos por gracia, mediante la fe, por medio del Hijo, por el Espíritu, al Padre.
Propósito	Ayudar a los creyentes a regocijarse en su nueva relación con Dios y a vivir como hijos, no como esclavos.

Hoy continuamos, y también terminamos, nuestro estudio sobre la grandeza de nuestra salvación. En esta sesión final, quiero que pensemos cuidadosamente en nuestra nueva relación con Dios, el Padre celestial, por medio de Jesucristo nuestro Salvador.

Por favor, abran sus Biblias en Gálatas capítulo 4. Comenzaremos leyendo Gálatas 4:3-7.

Oración de apertura

Padre celestial, venimos a Ti regocijándonos en nuestra gran salvación. Ayúdanos a recordar dónde nos encontramos: perdidos en el pecado. Ayúdanos a nunca olvidar lo que Te costó libertarnos, salvarnos y darnos el regalo de la vida eterna.

Te pedimos que esta oportunidad y privilegio de conocer a Tu Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo, nos establezca, nos confirme, nos convenza y nos anime. Gracias, Señor, por mostrarnos Tu corazón y por extendernos Tu misericordia y Tu gracia. En el nombre de Jesús oramos. Amén.

Introducción: La salvación nos introduce en una nueva relación

En esta parte del Nuevo Testamento, Gálatas nos enseña cómo llegamos a ser adoptados en la familia de Dios al creer en Jesucristo como nuestro propio Salvador.

La salvación no es solamente perdón. La salvación no es solamente rescate del castigo. La salvación no es solamente liberación del pecado. Todo eso es verdad, pero la salvación también nos introduce en una nueva relación familiar con Dios mismo.

Por causa de Cristo, Dios ya no está distante del creyente. Él es nuestro Padre celestial. No nos acercamos a Él como extraños. No venimos esperando que tal vez nos escuche. Por medio de Cristo, venimos como hijos que han sido recibidos, redimidos, adoptados y dados el Espíritu Santo.

I. El Hijo vino en el cumplimiento del tiempo

Gálatas 4:4 dice que Dios envió a Su Hijo “en el cumplimiento del tiempo”. Esto significa que Dios envió a Jesucristo al mundo en el momento exacto que Él sabía que era correcto.

Para usted y para mí, eso fue hace más de 2,000 años. Pero para Dios no fue tarde, y no fue temprano. Fue Su tiempo señalado. Dios siempre ha estado llamando a Su creación a volver a Él; y cuando el tiempo se cumplió, envió a Su propio Hijo.

Jesucristo fue concebido por el Espíritu Santo, nació de la virgen María y tomó sobre Sí nuestra carne humana. Verdaderamente llegó a ser hombre, y sin embargo permaneció verdaderamente Dios.

Jesús dijo a Sus discípulos que, si querían saber cómo es Dios, debían mirarlo a Él. Ver al Hijo es ver al Padre revelado. Jesucristo vino no solamente para hablar acerca de Dios, sino para revelarnos a Dios.

Esto es parte de la grandeza de nuestra salvación: Dios no envió solamente a un ángel. No envió solamente a otro profeta. Envío a Su propio Hijo eterno.

II. El Hijo vino para redimirnos

Gálatas 4:5 dice que Jesucristo vino “para que redimiese a los que estaban bajo la ley”. La palabra redimir es una palabra muy especial en nuestra comprensión de la salvación y de la vida cristiana.

Redimir significa que alguien paga el precio para libertar a otra persona. Habla de pagar la deuda, romper la esclavitud y soltar al cautivo.

Antes de Cristo, estábamos bajo la maldición de la ley. Eso significa que habíamos quebrantado la ley de Dios. Éramos pecadores. Estábamos destituidos de la gloria de Dios. Éramos culpables delante de Dios e incapaces de libertarnos a nosotros mismos.

Éramos esclavos de nuestro propio pecado. Estábamos bajo el dominio de Satanás, el padre de mentira. No teníamos el pago necesario para libertarnos.

Pero la buena noticia es esta: hay Uno que estaba calificado. Hay Uno que tenía el pago correcto. Hay Uno que podía libertarnos. Ese Uno es nuestro Salvador, Jesucristo.

Jesucristo pagó el precio al entregarse a Sí mismo. Tomó nuestra culpa sobre Sí. Murió en nuestro lugar. Resucitó en victoria. Por medio de Él, somos redimidos de la esclavitud y llevados a la libertad de la salvación.

Esta no es una salvación pequeña. Esto no es algo liviano. El Hijo eterno de Dios se dio a Sí mismo para rescatarnos.

III. El Padre nos adoptó en Su familia

Gálatas 4:5 continúa diciendo que Cristo nos redimió “a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”. Dios no solamente nos rescató de la esclavitud. Nos introdujo en Su familia.

Por eso Juan 1:12 es tan importante. Por favor, vuelvan a Juan capítulo 1 y lean el versículo 12.

Este versículo nos muestra tanto la autoridad como el medio de nuestra adopción. Jesucristo tiene la autoridad para hacernos hijos de Dios. Pero el versículo también nos dice cómo sucede esto: “a todos los que le recibieron”, es decir, a los que creen en Su nombre.

Recibir a Jesús significa creer en Él como su Salvador personal. Significa apartarse del pecado y confiar en Cristo. Significa recibir, por fe, el regalo gratuito de la salvación que Dios ofrece por medio de Su Hijo.

Otros pasajes explican la misma verdad diciendo que somos salvos por gracia por medio de la fe. No son salvaciones diferentes. Son diferentes maneras en que la Biblia nos ayuda a entender la misma obra gloriosa de Dios.

Por gracia, mediante la fe, recibimos a Cristo. Al creer en Su nombre, somos hechos hijos de Dios. Jesucristo tiene la autoridad y el poder para introducirnos en la familia de Dios.

Esta es la grandeza de nuestra salvación: no fuimos solamente criminales perdonados; fuimos hechos hijos amados. No fuimos solamente esclavos libertados; fuimos adoptados como hijos e hijas de Dios.

IV. El Espíritu confirma nuestra nueva relación

Ahora vuelvan a Gálatas capítulo 4 y lean el versículo 6.

Porque hemos llegado a ser hijos de Dios por gracia mediante la fe, Dios confirma esta nueva relación espiritual. Dios nuestro Padre envía el Espíritu de Su Hijo a nuestros corazones.

El Espíritu clama: “Abba, Padre”. Esta frase nos ayuda a entender la cercanía, el acceso y la relación familiar que ahora tenemos con Dios.

“Abba” es la palabra que un hijo usaría para dirigirse a su padre. Habla de una relación personal, de cercanía y de pertenencia. La palabra “Padre” repite y explica la misma verdad. Juntas, estas palabras nos ayudan a sentir el peso y la ternura de esta nueva relación.

Ahora el creyente conoce al Creador no como un poder distante, sino como Padre. Él no es solamente el Dios que está sobre nosotros; Él es el Padre que nos ha acercado por medio de Su Hijo.

Esto no hace que Dios sea menos santo. No lo hace común. No lo hace pequeño. Hace que Su gracia sea más maravillosa. El Dios santo ha traído a pecadores redimidos a Su propia familia.

El Espíritu Santo nos ayuda a reconocer esta relación especial. Él confirma en el corazón del creyente: Tú perteneces a Dios. No estás afuera. No eres un extraño. Has sido redimido, adoptado y recibido.

V. Ya no somos esclavos, sino hijos y herederos

Gálatas 4:7 dice que ya no somos esclavos, sino hijos. Y si somos hijos, entonces también somos herederos de Dios.

Esto significa que tenemos una herencia. Parte de esa herencia es conocer a Dios y a Cristo por toda la eternidad. Es una herencia que viene de Dios mismo. Es incorruptible. Es eterna. No puede ser destruida por el tiempo, el sufrimiento, la persecución ni la muerte.

Por eso la vida cristiana no debe tratarse como algo pequeño o casual. Somos llamados a seguir y confiar en el Hijo eterno de Dios, quien se entregó a Sí mismo para rescatarnos.

Ahora mantengan su lugar en Gálatas 4 y vuelvan a Romanos capítulo 8. Leamos Romanos 8:14-17.

Romanos 8:14 dice que todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Esto nos muestra tanto privilegio como responsabilidad.

Es un privilegio ser guiados por el Espíritu. También es nuestra responsabilidad seguir. La vida cristiana no es una relación casual en la que seguimos a Dios sólo cuando es conveniente y nos olvidamos de Él cuando es difícil.

Dios desea nuestro crecimiento y madurez espiritual. Día tras día, la realidad de nuestra relación con Jesucristo se fortalece mientras andamos por el Espíritu de Dios.

VI. Gálatas y Romanos juntos: El Espíritu clama, y nosotros clamamos

En Gálatas 4 se nos dice que Dios envió el Espíritu de Su Hijo a nuestros corazones, y el Espíritu clama: “Abba, Padre”.

En Romanos 8, la misma verdad se repite con un énfasis diferente. Romanos dice que hemos recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: “Abba, Padre”.

Juntos, estos pasajes nos muestran tanto la obra de Dios en nosotros como nuestra respuesta a Él. El Espíritu obra en el corazón del creyente, y el creyente verdaderamente clama a Dios como Padre.

Nacimos de nuevo por la gracia y la misericordia de Dios. No recibimos el Espíritu para llegar a ser hijos de Dios por nuestro desempeño. Recibimos el Espíritu porque Cristo nos redimió, y Dios nos hizo Sus hijos e hijas.

Pero ahora, como Sus hijos, tenemos el privilegio de expresar personalmente los resultados de esta nueva relación. El Espíritu mueve el corazón, y el creyente clama con gratitud, confianza y amor: “Abba, Padre”.

VII. Los hijos de Dios pueden sufrir, pero serán glorificados

Romanos 8:17 nos recuerda que, si somos hijos, entonces somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo. Pero también dice que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados.

No debemos sorprendernos si sufrimos con Cristo. Vivimos en medio de una batalla espiritual por las almas de hombres y mujeres. Jesucristo vino para dar la victoria sobre el pecado y la muerte. Él terminó lo que sólo Él podía hacer, y ascendió de regreso al cielo.

Al creer en Él y seguirlo, tenemos Su Espíritu y Su presencia. Pero el mundo lo aborreció porque Él expuso el pecado. La Escritura nos dice que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.

Si sufrimos por causa de la justicia, por causa de la verdad y por las almas de las personas, debemos entender ese sufrimiento en relación con Cristo mismo. Es un honor estar asociados con el Salvador y Señor victorioso.

Romanos 8:17 enseña que, si sufrimos con Él, también seremos glorificados con Él.

Mis hermanos y hermanas, esta vida, con todo lo bueno y con todo su dolor, no es todo lo que existe. Hay más por venir. Jesucristo tiene toda autoridad como Juez. Pero este mismo Juez santo y justo tomó nuestra culpa sobre Sí, pagó el precio para redimirnos, nos libertó y nos dio vida eterna.

Al seguir a Cristo, hemos sido adoptados en la familia de Dios. Dios mismo es nuestro Padre celestial.

Verdades prácticas para recordar

1. Como creyentes, ya no debemos vivir como esclavos.

Un esclavo obedece por miedo al rechazo. Un hijo obedece por amor, pertenencia y gratitud.

Esta diferencia no hace que la obediencia sea menos importante. Hace que la obediencia sea más profunda. La obediencia cristiana debe venir del corazón. Es una respuesta agradecida de amor porque Cristo nos ha libertado.

2. Debemos orar con confianza como hijos de Dios.

Cuando oramos, no nos acercamos a Dios como extraños. No estamos esperando conseguir una audiencia con Él como personas de afuera. Venimos por medio del Hijo, por el Espíritu, al Padre.

Nuestro acceso a Dios no se basa en nuestra dignidad. Se basa en Jesucristo. El Espíritu que mora en nosotros confirma que pertenecemos a Dios, y podemos llamarlo Padre.

3. Debemos regocijarnos en la grandeza de la salvación.

Estábamos perdidos, pero Dios nos encontró. Éramos culpables, pero Cristo nos redimió. Éramos esclavos, pero Dios nos hizo hijos. Éramos extraños, pero Dios nos recibió en Su familia. Estábamos sin herencia, pero ahora somos herederos de Dios.

Esta es la grandeza de nuestra salvación: el Padre la planeó, el Hijo la compró, y el Espíritu la confirma en nuestros corazones.

Declaración final

Digamos esta verdad claramente:

Venimos por gracia, mediante la fe, por medio del Hijo, por el Espíritu, al Padre.

Otra vez:

Venimos por gracia, mediante la fe, por medio del Hijo, por el Espíritu que mora en nosotros, a Dios en toda Su gloria. Y ahora, por medio de Jesucristo, Él es nuestro Padre celestial.

Este acceso que tenemos a Dios el Padre explica, en parte, la grandeza de nuestra salvación.